

Erase una vez un muchacho que no sabía lo que era el miedo. Por eso le llamaban Juan sin Miedo. No había cosa en el mundo que le espantara y andaba siempre de un lado a otro, incluso cazando los animales más peligrosos, sólo por buscar el miedo. Su madre ya no sabía qué hacer con él, ni qué trazas darse para que encontrara el miedo o se marchara de casa.

Un día fue a hablar con el cura, y juntos discurrieron que cuando fuera de noche, ella haría como que le dolían mucho las tripas, y mandaría al muchacho a buscar aceite de la lámpara de la iglesia. Allí lo esperaría el cura para darle un buen susto. Conque llegó la noche y la madre se puso a chillar como si le dolieran mucho las tripas:

—¡Ay, ay, hijo mío! ¡Qué dolor más grande! ¡Anda, corre y tráeme aceite de la lámpara de la iglesia!

Juan sin Miedo echó a correr y se metió en la iglesia. Estaba completamente a oscuras, menos la lámpara de aceite. El cura se había escondido en el confesionario y se había echado por encima una sábana. Cuando Juan sin Miedo pasaba por delante, le salió de repente diciendo:

—¡Soy un alma del purgatorio y ando por aquí penando! Pero Juan sin Miedo ni se inmutó. Cogió un candelabro y se fue para el de la sábana, diciéndole:

—¡Pues vuélvete adónde estabas!

Y le arreó una lluvia de golpes que dejó al cura en el sitio. Fue y le contó a su madre lo que había pasado. Entonces la madre le dijo que tenía que marcharse del pueblo inmediatamente.

Juan sin Miedo se fue por el mundo a buscar el miedo. A todas partes que llegaba se ponía a dar voces:

—¿Quién me enseña lo que es el miedo? ¿Quién me enseña lo que es el miedo?

La gente lo tomaba al principio por un fanfarrón, y lo ponían a prueba de muchas maneras. Lo mandaban al cementerio de noche, le ponían calaveras para beber y cosas por el estilo, pero nada. No había forma de que aquel muchacho sintiera el miedo.

En un pueblo donde acababan de ahorcar a unos cuantos bandidos le dijeron que fuera a pasar la noche con ellos, que seguramente esto le daría miedo.

—¿Miedo? —preguntaba Juan—. ¿Y eso qué es?

—Ya lo verás, ya lo verás.

El muchacho fue donde estaban colgando los ahorcados, y se puso a mirarlos y a darles vueltas, y ya los bajaba o los volvía a subir, como si fueran jamones; y nada. No sentía nada.

Se marchó de aquel pueblo y llegó a otro. Como siempre, se puso a gritar:

—¿Quién me enseña lo que es el miedo? ¿Quién me enseña lo que es el miedo?

Se fue corriendo la voz de que había llegado al pueblo Juan sin Miedo, hasta que llegó a oídos del rey.

—¡Hay que ver este muchacho! —dice el rey—. Si fuera verdad que no conoce el miedo, sería el mejor de mis soldados.

Y para ponerlo a prueba le dijo que se casaría con su hija si era capaz de pasar tres noches en un castillo encantado que había en aquel reino. Y sin tener miedo.

—¿Miedo? ¿Y eso qué es? —volvió a preguntar Juan.

—Ya lo verás, ya lo verás.

Lo llevaron al castillo encantado y lo dejaron allí solo. Se puso a recorrerlo y no veía a nadie. Pero sí que estaba muy bien servido. En las habitaciones había ricas camas y también una despensa con todo lo mejor del mundo. Allí podría estarse toda la vida, comiendo y durmiendo, sin más trabajo que hacerse la comida que él quisiera.

Cuando llegó la noche, se puso al fuego una sartén con chorizos y huevos, y a esto escucha una voz que le dice:

—¿Caigo o no caigo?

Y él le contesta:

—Cae si quieres, pero pon mucho cuidado de no caerte en la sartén, porque te acordarás de mí.

Y nada más decirlo, cayó al suelo una mano. Juan sin Miedo siguió tan tranquilo haciéndose su comida. Al momento volvió a escuchar:

—¿Caigo o no caigo?

—Por mí ya te puedes partir la crisma, en no cayendo en la sartén...

Y cayó otra mano. Y dijo otra vez la voz:

—¿Caigo o no caigo?

—Cae de una maldita vez, que no me dejas terminar —y cayó una pierna y luego otra.

Por aquella noche ya paró de caer lo que fuera, y Juan sin Miedo pudo terminarse su cena. Al ir a acostarse, se decía: «¿Y a esto le llaman miedo? ¡Pues vaya!». Durmió toda la noche tan tranquilo, y al día siguiente volvió a ocurrir lo mismo. Otra vez se escuchó la voz que decía:

—¿Caigo o no caigo?

Y cayeron unos brazos, y un cuerpo sin que a Juan sin Miedo le importara lo más mínimo. Cenó todo lo que quiso y se acostó, diciendo:

—¿Y esto es miedo? Ya quisiera yo saber lo que es el miedo.

A la tercera noche, ya Juan esperaba que cayese lo que faltaba, cuando escuchó la voz:

—¿Caigo o no caigo?

—Cae, hombre. Total, para lo que falta...

Y entonces cayó la cabeza. Ésta, desde el suelo, dijo:

—¿Quieres que me recomponga?

—¿Y a mí qué me importa?

—Te advierto que puedes sentir miedo.

—¿Miedo? ¡Qué más quisiera yo!

Se recompuso el cuerpo del hombre, que dijo:

—Tú has sido el único que ha tenido valor para desencantarme, y por eso te doy como recompensa todo lo bueno que hay en este castillo.

Juan sin Miedo cogió todo lo que le pareció bien: joyas, candelabros, manteles, y se

llevó un carro con jamones, pifias de chorizo y quesos. Así se presentó en el palacio del rey, dispuesto a casarse con la princesa.

El rey no tuvo más remedio que cumplir su promesa y dispuso las bodas. Y se casaron Juan sin Miedo y la princesa. Pero la noche de bodas Juan estaba tan cansado, que nada más acostarse se durmió. A la princesa no le gustó aquello y agarró lo primero que tenía a mano, que era una pecera con tres o cuatro peces. Se dijo: «A éste lo despabilo yo ahora mismo», y le echó a la cabeza el agua con los peces y todo. Entonces Juan sin Miedo se despertó gritando:

—¡Socorro, que me matan! ¡Socorro que me matan!